

Garibay y el domingo más triste del mundo

Eloy Urroz

Ya es mucho ser poca cosa y no cumplirla enteramente.

R. G.

Quiero comenzar diciendo un disparate que muy en el fondo, quizá no lo es: el narrador omnisciente que oímos murmurar en *Triste domingo* no es otro que el mismo Salazar, el sesentón millonario, personaje de esta inevitable y hermosa novela. Quien la haya leído podrá culparme por incurrir en un craso y evidente error. No hay una sola mención o clave que pudiese verificar lo que ahora digo. Pero vayamos por partes, aclarando ante todo, que el disparate resulta más pertinente de lo que podemos suponer. Veamos.

Triste domingo ubica su tensión dramática —¿por qué no: melodramática?— en un triángulo amoroso. Están allí Alejandra, una joven bella e inteligente, un poco soberbia, de veintiocho años de edad; Fabián, poeta, clasemediero, enamorado; y Salazar, el amante de Alejandra en el momento en que da inicio esta historia: cincuentaiocho años, culto, rico, varonil, en exceso convencido y refinado, casi me atrevo a decir que un héroe sapientísimo y ominisciente desde el inicio hasta el fin. Hacia allá es que busco dirigir la interpretación de *Triste domingo*.

Cuando hacia el final Alejandra, desesperada en su amor dividido entre ambos hombres, le pregunta a Salazar qué le queda por hacer y por qué han sucedido así las cosas, él responde y deja claro lo que, para mi gusto, uno debió adivinar desde las primeras páginas.

—(...) Esto es vida que tú has elegido, que tú has fabricado. Pero también debo decir: es vida que tú no pudiste dejar de elegir y de fabricar. Tenía que suceder. —¿Desde cuándo lo sabías?—[preguntó ella]. —Desde siempre. Tenía que suceder (p. 329).

Es decir, el poder de la masculinidad de Salazar está invadiendo cualquier resquicio de esta historia. Su voluntad es la forma sapiente, omnisciente, a que me he referido y con la que, poco a poco, el argumento deberá cobrar fuerza. Aún más: no hay libertad para Alejandra aunque así lo crea ella;

sólo hacia el final se dará cuenta cuando ya sea demasiado tarde.

Fabián aquí también actúa como comparasa de esta virilidad desmedida, apabullante, que siempre ronda las mejores páginas de Garibay. Resulta, sí, más tímido, más afanoso también y menos decidido. En otras palabras: contradictoriamente enamorado y prestando, eso sí, lozanía y belleza a la novela. La fuerza dramática de Fabián resulta incluso más necesaria de lo que a simple vista pudimos pensar. Es indispensable como personaje, a la postre, en sobrepujanza, en plena cohesión de sí hacia el final, cuando durante el relato se nos había mostrado siempre dubitativo, incipiente y sin la reciedumbre del otro, Salazar.

De cualquier manera, sin este jovencito, *Triste domingo* se hubiese desmoronado. Pues ¿quién está más allá, después de ese hombre, de ese impresionante Salazar que todo lo sabe y todo lo ve? Nadie, sólo podía estar él, Fabián, constante, entregado, enamorado perdidamente de Alejandra que, un

poco en su fuero íntimo —lo podemos reconocer—, siempre ha creído que pocos la merecen. Con él gana sin duda la novela.

Debía pues, como sabemos, de merecerla primero y antes que nadie, ese hombrón, esa inteligencia confiada y viril que representa tan bien el personaje de Salazar. Incluso, podemos suponerlo, su carácter confiado conoce ya el final bovarynesco del triángulo, sí, el único: la muerte a todas luces indefectible de Alejandra. Y contradiciendo la lectura de Christopher Domínguez quien escribe: "Esta salida no era necesaria para el texto, es un alarde sentimentaloides que *Triste domingo* no necesitaba. Triste romanticismo" (*Vuelta* 181, diciembre de 1991), creo que no, el suicidio de Alejandra debía ser el punto final, la derrota que la novela sufre junto con ella. Así simplemente lo exigió esta historia verdadera, y no Garibay, quien respetó la empecinada fuerza viril de *Triste domingo*.

A despecho de que lo tacharan de faciloides o romancón, deseo creer que Garibay dejó en libertad su novela; le otorgó solamente vuelo y le insufló vitalidad, que es, al cabo, lo que en grandes cantidades podemos recibir de ella. Pues, todavía antes de acabarla, recurrentemente me hacía a mí mismo la pregunta: ¿cómo puede terminar?, ¿qué final darle?, ¿qué final merecen ellos, Fabián y Salazar, y también Alejandra? y de-



Fotografía de Verónica Macías

veras insisto, no podía haber otro. ¿Debía ella quedarse con Fabián, el dulce amor de buhardilla que, si llamaba su atención, luego iba a cansarla? ¿O el hastío amoroso con Salazar, llena de lujos, ahíta de confianza y de futuro? ¿Acaso ninguno de los dos? "Bah", como única respuesta para ella y también para nosotros.

Para poder hacer de Alejandra una digna heroína, no en el sentido decimonónico trasnochado, sino en el artístico de eso que la misma obra impone y conmina a su autor a seguir (veracidad, fidelidad, justicia), ella debe desaparecer, ser aniquilada. Ante la desvergüenza de tener dos hombres, de amarlos a los dos, de no tener una respuesta, de saber que la balanza jamás se moverá dentro de esa infinitud de espacio y tiempo en la que, infaliblemente, cayó el día de conocerlos, no queda nada más que la destrucción, la suya, limpia, rápida, sin lugar —eso sí— al descorazonamiento.

Pero resulta también un error creer que ella se suicida fácilmente, que lo hace por propia voluntad dando fin a una novela que con empeño lo exigía así. Lo que sucede es que por fin *Triste domingo* viene a ser la valiente muestra de una "inteligencia fálica" en plena pujanza, de un poder viril y una voluntad obstinada en mermar la otra, la "uterina", la "gineceica", hasta darle

muerte. Por ejemplo, este deslumbrante diálogo entre Alejandra y Salazar, es muestra de ello:

—Te viene bien darme mi trago y ponerte de rodillas.

(...)

—¿Quién se pone, quién está de rodillas!

—Tú.

—¿Cuándo estoy de rodillas?

—Deberías estarlo a todas horas.

(...)

—Sólo por el hecho de ser mujer debo vivir de rodillas delante de mi señor...

—Es la actitud que más conviene a la gratitud femenina.

—Gratitud feme... ¿De qué? ¡Gratitud de qué!

—De todo. Pero, sobre todo del pan de hombre que recibe.

—¿Pan? ¿Cuál pan?

—La inteligencia, la sabiduría, el mundo y el cuerpo y sus maniáticas urgencias.

—¿Y lo que yo doy?

—Nada.

—¡Nada!

—Tú te presentas, te ofreces, y yo te recibo y te devuelvo a ti misma, exhausta, enriquecida, recién nacida cada vez y cada vez con dos o tres siglos más de

vida encima. Por mí eres santa, sabia y deliciosa.

—¡Fíjate! (páginas 53-55).

Podemos descubrir, con anticipación acusada, la manera vital en que el destino, el pseudodestino de Alejandra (ningún otro, repito, que esa voluntad falocrática de Salazar y Fabián unidos, insospechadamente confabulados hacia el final) se le impone hasta agotarla y conducirla a la muerte.

Es en ese maremágnum en que Alejandra cae, en ese vértigo expiatorio de su inoculable y también poderosa feminidad, por el que el lector de *Triste domingo* transita fascinado sin soltar el libro. Un triángulo amoroso llevado a cabo con maestría y ligereza, requerimientos ambos de una madurez narrativa que consigo trae Garibay, a pesar de esos breves altibajos, de sus posibles caídas. Con algunos ajustes —la mayoría de estilo: eliminación de adjetivos en algunos párrafos, de gerundios, de frases repetidas, etc.—, *Triste domingo* resulta contundente en la llaneza de su argumento, robusta en la simplicidad de su propuesta pletórica de contenidos. ♦

Ricardo Garibay, *Triste domingo*. Joaquín Mortiz, Serie "Novelistas Contemporáneos", México, 1991, 332pp.

REVISTA

MARZO DE 1992



VUELTA

NÚMERO 184

TRES TEMAS DE NUESTRO TIEMPO

Octavio Paz
La democracia relativa

Comellius Castoriadis
El malestar de Occidente

Mario Vargas Llosa
La sociedad abierta

José de la Colina
Desdiano

Adolfo Castañón
Presencia de Montaigne

Poemas de Gabriel Zaid, Tomás Segovia, Severo Sarduy
Sobre Cuba: Arenas, Asiain, el caso Cruz Varela

LOS SOLILOQUIOS DEL COLOQUIO